

DIBUJOS EN EL BAÑO O EL PAPEL DE LA CIENCIA EN LA FELICIDAD DEL HOMBRE *

En los baños del Instituto de Investigaciones Eléctricas en Cuernavaca comenzaron a aparecer dibujos obscenos. El arte de los dibujantes, que no podían ser otros que los mismos científicos del Instituto, alcanzó un volumen tal, que los miembros del sindicato de trabajadores manuales, encargados de limpiar los baños, levantaron una protesta ante la dirección. El director, quien gozaba de los dibujos y se enteraba de muchas noticias interesantes y de las fantasías de sus subalternos leyendo graffittis y apreciando dibujos, convocó a sus científicos a una reunión.

— No les pido que abandonen sus labores artísticas, sino que respeten las paredes y a los compañeros de limpieza —les dijo—. Les propongo que utilicen libretas, pizarrones y rotafolios que colocaré en los baños y que en ellos desarrollen su productividad artística.

Los científicos permanecieron en silencio como regañados.

Pasó el tiempo. Ya no volvieron a aparecer los dibujos en las paredes, pero tampoco hubo expresiones erótico-artísticas en libretas, pizarras y rotafolios.

El relato de esta anécdota, que debo a Georgina Blanco, quien la consiguió de fuentes reservadas, me sirve para entrar en el tema de esta conversación informal, que titularé, "Dibujos en el baño o el papel de la ciencia y la felicidad del hombre" y que me servirá para presentar el número 15 de *La Ciencia y el Hombre*. De alguna forma trataré de vincular esta anécdota con la conclusión de esta charla.

¿Para qué sirve la ciencia? Si no sirve para propiciar y facilitar la felicidad y la comodidad del hombre, no tiene sentido. No es lo mismo felicidad que comodidad. Y ello lo demuestra el hecho de que los mayores índices de suicidios no se registran en los países de bajos ingresos sino en los países altamente organizados. Y ello se debe, sin duda, a la deshumanización de la ciencia. Cuando la ciencia se pone al servicio exclusivo de la producción material y deja a un lado el espíritu, suceden incontables desastres. No es extraño que Albert Einstein, Goethe y Miguel Ángel hayan creído en Dios. Y creyendo en Dios, adoraban al espíritu fáustico: la transgresión, el cambio, la violencia a lo establecido. Goethe llamó al diablo gran señor del entusiasmo. Sólo teniendo ese culto a lo diferente, a la heterodoxia, aunado a una extraña humildad, se puede hacer algo de valor en el campo de la ciencia y, naturalmente, en el del arte. La creencia de Einstein, Goethe y Miguel Ángel puede explicarse como

* Notas leídas para presentar *La Ciencia y el Hombre*. No. 15 el 27 de abril de 1994, en la Galería Ramón Alva de la Canal.

un acto de humildad. La ciencia, la práctica de la ciencia, el ejercicio de la ciencia deben estar aparejados con la práctica del humanismo, del humanismo entendido como humildad; es decir, del humanismo como reconocimiento de la existencia de los demás y de su derecho a la dignidad. ¿Cómo puede un científico practicar el humanismo? Primero que todo tiene que definir qué es humanismo. Aventuremos una definición: el humanismo es la actitud esencial de un ser humano que quiere comprender a los seres humanos y que comparte un espacio físico con ellos y lucha por armonizar unos y otros. ¿Qué pueden hacer un biólogo o un físico por los seres humanos que lo rodean y por el mundo que lo circunda? En primera medida comprender el mundo que lo rodea en su inmediatez, en segunda extender su conocimiento y ampliar la armonía entre los seres humanos y el mundo. Un científico que quiera ser humanista debe tener una aguda curiosidad hacia el mundo y una sensibilidad similar a la del artista. Leonardo Da Vinci no sólo fue un gran pintor sino un anatomista genial. El mismo Einstein fue violinista. Uno y otro conocieron que las leyes de la armonía no sólo rigen en el arte sino en la naturaleza. La naturaleza es en sí misma arte, y para probarlo basta asomarse a un microscopio o percatare de que el aire y el agua fueron hechos con maravillosa y artística sabiduría. Piensen por ejemplo que el aire carece de olor y el agua de sabor. Y que si el aire tuviera, por ejemplo, olor a pino o a Chanel Número 5 estaríamos hastiados de él. O si el agua tuviera sabor a champaña o a jugo de limón pronto abominaríamos de ella. Definitivamente: la naturaleza fue hecha por un Gran Artista que podría llamarse Azar, pero que acaso sea mejor llamar Dios.

Un científico que se aisle en su laboratorio y que pretenda hacer abstracción del mundo está en desventaja con respecto al artista, al científico que viven inmersos en el mundo. La vida doméstica da enormes lecciones a los grandes hombres. Pienso ahora en términos más próximos: en los científicos de la Universidad Veracruzana. ¿Quiénes de ellos tienen proyección social? Respondo: los que escriben, los que van más allá de sus laboratorios, los que se ocupan de asuntos terrenales, los que se atreven a mirar más allá de sus probetas y sus computadoras. Los que, al aplicar sus ojos a las lentes de los microscopios no ven solamente células coloreadas sino horizontes más amplios. Ésos son los que practican el humanismo en su ciencia, los que se ocupan primordialmente del ser humano, pues saben que la ciencia no es un fin en sí misma sino un medio para lograr la felicidad del científico en primera instancia y de la humanidad en última. Y en esto se parecen el científico y el artista: en que trabajan por amor a una verdad que va más allá de un cheque quincenal. Eso se refleja en el volumen y la calidad de los artículos que producen, en la cercanía que estos científicos establecen con la naturaleza social y la naturaleza natural. No vivimos en el mejor de los mundos posibles. Las sociedades que se han planteado como utópicas y que se basan en el excesivo control, terminan convertidas en campos de concentración. Es por ello que debemos luchar por una sociedad disciplinada que dé márgenes al sueño y a la contemplación. Cumplir un horario de ocho horas quizás sea garantía de productividad, pero no de humanidad. La libertad es condición nece-

saría para la felicidad y la felicidad sólo se alcanza en fracciones de vida. Reconocer esto servirá para aceptar que no vivimos en el mejor de los mundos posibles pero que tampoco podríamos vivir en el mejor de los mundos posibles, pues estos mundos no existen sino en la imaginación. La ciencia satisface curiosidades fundamentales, hace más cómoda la vida de los seres humanos, pero aislada del arte y del mundo de los sueños sólo engendrará monstruos que luego será muy difícil exorcisar. *La Ciencia y el Hombre* fue el sueño de unos cuantos académicos que buscaron algo más que el cheque quincenal. En la actualidad es una realidad que tiene casi seis años de existencia saludable.

No hay duda que hacer dibujos obscenos en los baños es un acto de libertad, pero es un acto de libertad cobarde. La libertad debe ejercerse con valentía, a cielo abierto, y eso es lo que hacen aquellos científicos que se atreven a escribir y a publicar, pues abren los horizontes de sus cubículos y los convierten en parte del mundo; los prados, las riveras, los bosques, los torrentes que bajan de las montañas, la flora veracruzana, la laya entera de las serpientes que pululan por el territorio, invaden esos cubículos y les dan vida. Esos investigadores que escriben, que polemizan, que tienen una existencia real, son los que hacen la inteligencia veracruzana. Ellos son los que integran esta Universidad al Universo y le dan sentido pleno. Ellos son los que unen la Universidad a la sociedad: los que viven en el mundo ejercitando la inteligencia, y al ejercitarla, hacen del mundo un lugar más habitable, menos ignorante de sí mismo, menos bruto. Así como del bloque de mármol Miguel Ángel hacía brotar prodigios de belleza y sentido, los científicos, al interpretar la realidad, al abrir sus misterios, le dan una forma, y al darle una forma, hacen que la naturaleza sea inteligente, lo que es una forma de avanzar hacia ese mundo que quiere ser el mejor de los mundos posibles, pero que no lo es ni lo será. Afortunadamente, supongo.

Marco Tulio Aguilera